

COLECCIÓN VIRTUS

ELOGIO DE LA MUJER FUERTE

Virtus/22

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2014

Imprimatur
R.P. Gabriel Osvaldo Zapata, I.V.E.
Superior Provincial

Fuentes, Miguel Ángel

Elogio de la Mujer Fuerte . - 1a ed. - San Rafael : Del Verbo Encarnado, 2014.
56 p. ; 21x14 cm. (Virtus, 22)

ISBN 978-987-9438-54-1

1. CRISTIANISMO. 2. MUJERES. 3. VIDA CRISTIANA. I. TÍTULO
CDD 248.5

Fecha de catalogación: 24/10/2014

Primera Edición – 1.000 ejemplares

© 2014 – Ediciones del Verbo Encarnado
El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel. +54 (0)0260 – 4430451
ediciones@iveargentina.org
www.edicionesive.com
www.iveargentina.org

En este breve escrito acometo algunas reflexiones sobre el gran misterio que envuelve a la Mujer. De Eva, “Madre de los Vivientes”, a Eva, “Puerta por la que penetra la Serpiente en el mundo del Hombre”, a María, “Nueva Eva”, “Aurora de la Salvación” y “Corredentora”, la Mujer está envuelta en un gran misterio que el Diablo odia y combate con singular fuerza y pasión. El misterio es, pues, su marco natural. La Mujer es un ser *naturalmente velado*. Escribía sabiamente Gertrud von Le Fort: “Todas las formas elevadas de la vida de la mujer la presentan velada; la novia, la viuda, la monja, todas llevan el mismo símbolo. El porte exterior nunca es vano; sino que tal como sobresale del objeto, representa a éste. Visto así, muchas modas se convierten en terribles traidores, en sentido auténtico de la palabra, comprometen a la mujer. El quitar el velo a la mujer significa la caída de su misterio”¹.

Ponderando este misterio tejía san Juan Pablo II una hermosa acción de gracias a todas las mujeres de las que el mundo es gigantesco deudor:

“Te doy gracias, *mujer-madre*, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores de parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento, punto de referencia en el posterior camino de la vida.

Te doy gracias, *mujer-esposa*, que unes irrevocablemente tu destino al de un hombre, mediante una relación de recíproca entrega, al servicio de la comunión y de la vida.

¹ Von Le Fort, G., *La Mujer eterna*, Madrid (1965), 29-30. Este número de la Colección *Virtus* reúne tres conferencias que he dado sobre el tema de la mujer en diversas oportunidades. La primera dada a docentes católicos de San Rafael, en 1999; la segunda en la VIIIª Jornada de las Familias, en la misma ciudad, en el año 2004; y la tercera en el en el Foro de la Mujer, en Catamarca, en 2011.

Te doy gracias, *mujer-hija* y *mujer-hermana*, que aportas al núcleo familiar y también al conjunto de la vida social las riquezas de tu sensibilidad, intuición, generosidad y constancia.

Te doy gracias, *mujer-trabajadora*, que participas en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, mediante la indispensable aportación que das a la elaboración de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento, a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del «misterio», a la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de Humanidad.

Te doy gracias, *mujer-consagrada*, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la Humanidad a vivir para Dios una respuesta «esposal», que expresa maravillosamente la comunión que Él quiere establecer con su criatura.

Te doy gracias, *mujer*; ¡por el hecho mismo de ser *mujer*! Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas” (San Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, 29 de junio de 1995).

I. Elogio de la mujer fuerte

La formación de la mujer en la escuela católica. A propósito de un texto del Libro de los Proverbios (31,10-31)

1. Escuela y virtudes

Es demás sabido que la educación debe apuntar a las virtudes. Tal es el cometido que ha de proponerse tanto la familia como la escuela. Hay que convencerse de que si no se forman personas virtuosas, no se forma nada; porque “formar” significa “dar forma” y precisamente las virtudes son las “formas humanas” del obrar. Una institución (escuela o familia) que no forma personas virtuosas, las deforma; porque no quedan muchas alternativas en caso de no formar virtudes: (a) o se forma personas viciosas, cosa que ocurre a menudo en la escuela actual; o, (b) en el mejor de los casos, la escuela ni forma virtudes ni plasma vicios; en cuyo caso no estamos mucho mejor que en el anterior, porque esta situación es caldo de cultivo de futuros vicios, ya que como explican Aristóteles y Santo Tomás, la persona que en un campo determinado (pensemos, por ejemplo en el de la sexualidad) no tiene vicios ni virtudes, es capaz de guiarse por la razón “siempre y cuando” ésta no sea perturbada por mociones inesperadas y tempestuosas, mientras que en momentos de turbación su alma es agitada como una barquilla de nuez dentro de un tifón. Cuando estos huracanes se repiten llevando el corazón sobre la cresta de sus olas terminan predisponiéndolo para obrar siempre siguiendo la dirección de la pasión desordenada; eso precisamente es un vicio (concretamente un “vicio de origen pasional”).

2. Un poema bíblico

Puesto que me interesa tratar del fin al que debería apuntar la educación en una escuela católica de mujeres (lo que vale para la educación femenina en general: en la familia, en el convento...), no veo nada más adecuado que buscar la respuesta en la Sagrada Escritura. En la Biblia hay pasajes extraordinarios dedicados a la mujer, especialmente en los Evangelios; pero hay un cántico del libro de los Proverbios que lleva el sugestivo título de *Elogio de la mujer fuerte* (Pro 31,10-31). Este cántico de 21 versículos cierra, de hecho, ese libro sapiencial; y me parece que pueden encontrarse en él algunas de las principales virtudes femeninas.

Dice el canto:

*“Una mujer fuerte, ¿quién la encontrará?
Es mucho más valiosa que las perlas.
En ella confía el corazón de su marido,
y no será sin provecho.
Le produce el bien, no el mal,
todos los días de su vida.
Se busca lana y lino
y lo trabaja con manos diligentes.
Es como nave de mercader
que de lejos trae su provisión.
Se levanta cuando aún es de noche
da de comer a sus domésticos
y órdenes a su servidumbre.
Hace cálculos sobre un campo y lo compra;
con el fruto de sus manos planta una viña.
Se ciñe con fuerza sus lomos
y vigoriza sus brazos.
Siente que va bien su trabajo,
no se apaga por la noche su lámpara.
Echa mano a la rueca,
sus palmas toman el huso.
Alarga su palma al desvalido,
y tiende sus manos al pobre.
No teme por su casa a la nieve,*

*pues todos los suyos tienen vestido doble.
 Para sí se hace mantos,
 y su vestido es de lino y púrpura.
 Su marido es considerado en las puertas,
 cuando se sienta con los ancianos del país.
 Hace túnicas de lino y las vende,
 entrega al comerciante ceñidores.
 Se viste de fuerza y dignidad,
 y se ríe del día de mañana.
 Abre su boca con sabiduría,
 lección de amor hay en su lengua.
 Está atenta a la marcha de su casa,
 y no come pan de ociosidad.
 Se levantan sus hijos y la llaman dichosa;
 su marido hace su elogio:
 «¡Muchas mujeres hicieron proezas,
 pero tú las superas a todas!»
 Engañosa es la gracia, vana la hermosura,
 la mujer que teme a Yahveh, ésa será alabada.
 Dadle del fruto de sus manos
 y que en las puertas la alaben sus obras”.*

3. ¿Qué es una “mujer fuerte”?

La versión de los LXX tradujo la expresión hebrea *jêse chayil* por la fórmula griega *gynaika andreian*, mujer varonil, por cuanto *chayil* significa fuerza, eficiencia, riqueza, valor. San Jerónimo, en la versión latina la tradujo por “mulier fortis”, mujer fuerte. Fray Luis de León, en *La perfecta casada*, que es un comentario de este poema bíblico aplicado a las esposas de su tiempo, usó la expresión “mujer de valor”. “Valor” en el sentido de “ánimo, que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros”. A algunos exégetas no les satisface esta traducción, prefiriendo otra palabra que, de todos modos, no está muy lejos de las anteriores; dicen ellos: “una mujer completa”. Creo que es la misma idea, pues Fray Luis explica su traducción diciendo: “quiere decir virtud de ánimo y fortaleza de corazón; industria y riquezas y poder y aventajamiento,

y, finalmente, un ser perfecto y cabal en aquellas cosas a quien esta palabra se aplica; y todo esto atesora en sí la que es buena mujer, y no lo es si no lo atesora”². No debe entenderse, empero, el valor o fuerza como fuerza física, sino como la virtud cardinal de la fortaleza. La *andrea* o virilidad, nada tiene que ver, pues, con bigotes ni músculos, sino con la virtud, la firmeza y el esfuerzo del alma. Exactamente en el mismo sentido que le gustaba emplearlo a santa Teresa cuando pedía a sus monjas que parecieran “varones fuertes”³.

No pensemos que el término sea poco adecuado para definir a una mujer, sino todo lo contrario, pues el mismo Fray Luis dice: “con grandísima verdad y significación de loor, el Espíritu Santo a la mujer buena no la llamó como quiera [= simplemente] *buena*... sino llamóla *mujer de valor*; y usó en ello de una palabra tan rica y tan significativa... para decirnos que la mujer buena es más que buena, y que esto que nombramos bueno es una medianía de hablar, que no allega a aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer”.

Este concepto de “mujer fuerte” podemos, pues, tomarlo de varios modos, pero es claro que la idea del Autor inspirado es hablar de la mujer “perfecta”. Y decir “mujer perfecta”, en el fondo, es como decir la “mujer-mujer”: la mujer realmente tal. No se refiere tanto a un papel u otro (ama de casa, madre, educadora) sino a su esencia misma femenina.

Apuntar a formar mujeres fuertes es, en términos educativos, enseñarles a ser “mujeres”: ser lo que deben ser.

Por tanto, tenemos ya aquí un buen fin al que debe apuntar la educación femenina: formar mujeres fuertes, mujeres de valor, y no simples mujeres “buenas”, que sin ser algo peyorativo da, sin embargo, la idea de “conformarse con poco”.

Ahora bien, ¿cuáles son las virtudes que hacen de una mujer, una “mujer fuerte”?

4. Mujer de confianza

De esta mujer perfecta, la primera virtud que señala el poema es que es una persona de confianza: “En ella confía el corazón de su

² Fray Luis de León, *La perfecta casada*, cap. I.

³ Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 9.

marido". Y "confiar" tiene aquí un sentido intenso, entendido como "depositar la confianza". El marido puede descansar el corazón en su mujer.

Y esto vale tanto si interpretamos el poema respecto de la mujer casada, cuanto de la virgen y de la consagrada. Basta con entenderlo del esposo terreno o del Esposo divino.

Ser una persona "de confianza" es algo muy importante en la vida. El *Diccionario de la Real Academia Española* da tres acepciones a esta expresión: "dícese de la persona con quien se tiene trato íntimo o familiar", "dícese de la persona en quien se puede confiar", "dícese de las cosas que poseen las cualidades recomendables para el fin a que se destinan".

Una persona de confianza es alguien que sabemos busca nuestro bien y, sobre todo, protege nuestras espaldas y no nos abandonará en el peligro. Es alguien que se juega por nosotros y no nos falla cuando lo necesitamos.

Virtud es ésta, eminente. Y si una familia o una escuela son capaces de formar personas en quienes se puede poner la confianza, esa familia o esa escuela son de lujo.

Para que se pueda poner la confianza en una persona, ésta, como lo dice la misma acepción del término, debe estar revestida de las cualidades que la hagan confiable.

A una persona la hace confiable ante todo la "veracidad", o sea, que posea respeto y amor por la verdad. ¡Qué extraño se ha vuelto el decir: "esta persona es incapaz de mentir"! Junto a esto hacen confiable a las personas el respeto por la justicia, la honestidad, el respeto por la fama del prójimo y sus bienes, la sinceridad, etc.

No se puede, en cambio, confiar en una persona que tiene doble discurso, que recurre a las medias verdades o a las mentiras, que no es diáfana, que es chismosa o calumniadora. Menos aún a quien mete la mano en la bolsa que se le da en custodia (como hacía Judas con el dinero común de los apóstoles).

Una persona de confianza es una persona honesta, recta y responsable. Alguien a quien confiaríamos lo que tenemos de máspreciado, con la seguridad de que lo cuidará tanto como nosotros. Todos juzgamos que una persona de nuestra confianza es alguien

que haría las cosas “como las haríamos nosotros mismos o incluso mejor”.

Para educar personas de confianza es imprescindible saber delegar con confianza, encargar cosas y luego supervisar sin invadir. Si no confiamos, nunca forjaremos corazones confiables.

5. Laboriosa

Otra virtud que recalca el poema es la laboriosidad. Lo dice muchas veces y de muchas maneras:

*“Se busca lana y lino
y lo trabaja con manos diligentes.
...Se levanta cuando aún es de noche
da de comer a sus domésticos
y órdenes a la servidumbre.
Hace cálculos sobre un campo y lo compra;
con el fruto de sus manos planta una viña.
Se ciñe con fuerza sus lomos
y vigoriza sus brazos.
Siente que va bien su trabajo,
...Echa mano a la rueca,
sus palmas toman el huso.
...Hace túnicas de lino y las vende,
entrega al comerciante ceñidores.
...Está atenta a la marcha de su casa,
y no come pan de ociosidad”.*

La pereza es madre de todos los vicios. En el orden espiritual la pereza es hija de la acidia, y hace estragos, como lo hicieron notar los Padres del desierto.

Hay que formar la laboriosidad. Lo cual no es fácil. No significa sólo hacer trabajar sino hacer que se trabaje con gusto, es decir, que se ame el trabajo. Eso es lo que significa “con manos diligentes”, o, como dice otra traducción: “sus manos trabajan a gusto”. Es interesante la cantidad de veces que el poema hace referencia al trabajo, al “hacer” de la buena mujer; y lo mismo aquellas partes que canta

y elogia: las manos (vv. 19.20.31) las palmas (13.16.19.20), el brazo (17). La mujer elogiada es una persona que no está quieta: se sienta para hilar, teje lo hilado, vende lo tejido, sabe comercializar y planta viñas o huertos.

Hay que enseñar a trabajar y a amar el trabajo. Hay que enseñar a trabajar bien. No se transforma el mundo sin el buen trabajo; y nosotros estamos llamados a transformar el mundo para Cristo. El trabajo no es únicamente ley humana, sino que dignifica al hombre y lo humaniza y perfecciona. No solo hay que trabajar para poder subsistir, sino *aunque* no tuviéramos necesidad de ganarnos el sustento con nuestras manos. Hay que trabajar para crecer en perfección y dignificarnos, lo que solamente tiene lugar cuando se hace *bien* lo que hay que hacer. Hoy en día se ha perdido notablemente la *cultura del trabajo*, por lo que únicamente se trabaja en la medida en que sea indispensable para conseguir dinero, es decir, si no se está “subsidiado”. Cuando se puede obtener lo mismo sin esforzarse se prefiere ser *mantenido* de arriba. Esto es sencillamente inhumano.

La mujer, además, padece en la actualidad, de una injusticia gravemente perjudicial para ella y para toda la sociedad, de la que con frecuencia ella no solo es víctima sino victimaria, es decir, *acepta ideológicamente la dicha injusticia*. Me refiero a la falsa idea de que solo trabaja la mujer que se emplea fuera de su hogar. Las tareas de “dueña” y “señora” de su casa no son consideradas como un trabajo, y muchas mujeres *piden* “salir” a trabajar, no por necesidad (lo que hace más que comprensible el pedido) sino *para realizarse*, desconociendo así el trabajo que más las *realiza* según su genio femenino. Precisamente, la laboriosidad que elogia el Poema sagrado es la que la mujer ejerce en el ámbito maravilloso del mundo hogareño que ella está llamada a transformar en *paraíso familiar*.

6. Oración y esperanza escatológica

“No se apaga de noche su lámpara”.

¿Quién no asociaría esta expresión con la parábola de las jóvenes necias y las jóvenes prudentes (Mt 25,1-13)? Las prudentes mantuvieron la lámpara encendida. Es decir, estuvieron alertas en la

oración esperando la llegada del Esposo celestial. Jesús, con aquella parábola, nos incitaba a orar constantemente y a estar preparados, viviendo en gracia, porque en cualquier momento se puede presentar a nuestra puerta el “Señor-que-viene”.

Debemos aspirar a educar en la oración y en la espera vigilante del Señor.

¿Qué significa esto? Significa que las personas que formamos deben tener los ojos levantados en dirección al horizonte y un poco hacia arriba, como quien espera a alguien que ha de venir de lejos y de lo alto. Debemos, pues, formar personas tendidas hacia la eternidad. Personas conscientes de que habrá un juicio final, y convencidas de que este mundo, con sus apariencias, pasa a prisa, y que la verdadera vida comienza después de ésta.

Si no conseguimos esto, estaremos formando, en cambio, personas ancladas en este mundo, hombres y mujeres “afincados” en esta ribera temporal, ciudadanos de la ciudad terrena. Es decir, “mundanos”. Y para formar mundanos no tiene ningún sentido hacer o mantener una escuela católica.

7. Misericordiosa

*“Alarga su palma al desvalido,
y tiende sus manos al pobre”.*

Debemos formar personas piadosas con los pobres y necesitados. Es decir, corazones dados a la misericordia. El mundo en que vivimos es un mundo antisolidario, o para usar una expresión bíblica: duro de corazón. Ante el dolor ajeno, ante la miseria y la marginación, el mundo no reacciona bien: o pasa indiferente, movido por su egoísmo; o bien derrama algunas lágrimas sentimentales, pero no hace nada efectivo para ayudar.

Hay que formar mujeres que sean capaces de “alargar sus palmas” y de “tender sus manos”. Es decir, capaces de privarse de lo suyo para ayudar a los demás; capaces de sacrificar su tiempo, sus bienes, sus cosas, para convertirse en buenos samaritanos. Recordemos que Jesucristo nos ha enseñado que el juicio que nos espera al final de nuestras vidas es un juicio sobre la misericordia (cf. Mt. 25, 31-46).

La formación, por tanto, debe incluir la formación de la misericordia. Para esto se debería apuntar a fomentar la caridad con los pobres, con los discapacitados, con los enfermos en los hospitales, con los abandonados en los asilos, con los huérfanos y los privados de familia. No está de más recordar la magnífica obra de caridad que es la *adopción* en su único sentido auténtico, a saber, el de dar un hogar al niño que no lo tiene. Hay familias admirables que comprenden esto y lo viven heroicamente. Pero lamentablemente la mayoría mira la adopción al revés: como búsqueda de un crío para colmar el vacío del hijo que nunca llegó o del que partió prematuramente. Esta segunda perspectiva, centrada en la propia necesidad y no en la del otro, busca el niño/hijo a medida de uno; el hijo que nos gustaría haber tenido. Esta es la mentalidad que muy a menudo se cobija tras la fecundación artificial que prefiere “fabricar” hijos según los propios gustos y no adoptar los que ya están en el mundo, carentes de hogar; también detrás de la reivindicación del “derecho” a adoptar por parte de parejas homosexuales, y en la aceptación de la adopción de niños sanos y pequeños pero no la de enfermos, discapacitados o problemáticos. Hay al respecto muchos conceptos turbios en nuestra egoísta sociedad.

8. La que “deja bien a los suyos”

“Su marido es [bien] considerado en las puertas”.

La Sagrada Escritura alaba mucho a la mujer que deja bien a su marido. En cambio, se lamenta mucho del pobre marido que no puede presentarse en público porque todos se burlan de él por la mujer que tiene. A esto se refiere el versículo del poema.

También nosotros muchas veces dejamos mal a Cristo y a la Iglesia. Un sacerdote escribía una vez a uno que había pecado públicamente diciéndole: “¡Qué mal queda Cristo!”.

El libro del Sirácida dice a los hijos de Dios (Si 39,14): “Como incienso derramad buen olor, abríos en flor como el lirio, exhalad perfume”. Y muchas veces hemos leído en San Pablo aquello de: “nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para los unos, olor que de la muer-

te lleva a la muerte; para los otros, olor que de la vida lleva a la vida” (2Co 2,15-16).

El “buen olor de Cristo” significa que nuestras obras deben respirar “a cristiano”, como las ropas del jardinero huelen a rosas. Un olor que, como dice San Pablo, a los buenos los lleve a la vida eterna, es decir, los atraiga hacia Dios; y a los malos les haga sentir su propio olor a muerte, es decir, se sientan avergonzados de sus pecados y con olor a muerto y así deseen la vida y la pidan a Dios.

Formemos, pues, hombres y mujeres que hagan quedar bien a la Iglesia. Que sean los primeros en vivir lo que profesan.

Jesucristo dijo que el mundo se ha de convertir “viendo” a los cristianos: viendo su unidad, su mutuo amor, la coherencia de su fe (cf. Jn 17,21).

9. Sabia

“Abre su boca con sabiduría”.

Para abrir la boca con sabiduría hay que ser sabios. Abrir la boca, lo hace cualquiera, pero que de la boca abierta salga ciencia y cordura, es otro cantar. Sabiduría significa una particular eminencia en el conocer. Para eso está la “escuela”, aunque no sea éste su único fin. Los educados por una escuela católica deberían estar mejor preparados que los demás, aunque más no sea por el hecho de que un cristiano debería amar más la Verdad que uno que no lo es, porque conoce la Verdad *Encarnada*.

Lamentablemente no siempre es así. Y por eso tantas veces la Iglesia tiene que quedarse ronca gritando que Ella “no le tiene miedo a la ciencia”... precisamente porque en algunos de sus hijos parece que así fuera.

Hoy en día la ciencia es un gran campo de batalla. En muchas cosas el saber está siendo utilizado para el mal, para la destrucción del hombre y para la negación de Dios. Hay que reconquistar todos los campos de la ciencia. Los hombres y mujeres de hoy sienten una gran tentación de escepticismo, es decir, de caer en la duda de todo, en la decepción de la verdad. Y como consecuencia (ya que la inteligencia no soporta largo tiempo el vacío) la tentación

del gnosticismo y de la superstición: el aceptar cualquier cosa. Esto está sucediendo entre los alumnos católicos y es signo de una mala formación intelectual. Faltan ideas claras y precisas en el orden filosófico y apologético.

Por tanto, debemos esforzarnos para que nuestros alumnos y alumnas sean realmente estudiantes de talento y prometedores amantes de la Verdad con mayúsculas.

10. Caritativa

“Lección de amor hay en su lengua”.

La caridad es la reina de las virtudes. El cometido de la escuela cristiana es formar cristianos; pero formar cristianos es forjar hombres y mujeres transformados por las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Y la mayor de éstas es la caridad. Sin vida teologal no hay vida cristiana; solo apariencia de vida cristiana. A los que no tienen vida teologal Dios dirige aquellas palabras del Apocalipsis: “Conozco tu conducta; tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto” (Ap 3,1).

La escuela cristiana tiene que ser una escuela, no un cementerio. Debe formar hombres y mujeres vivos y con una caridad actuante. Si su caridad es verdadera se verá en correspondencia con el modo en que San Pablo la describe: “La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (1Co 14,4-7).

Si nuestra caridad es verdadera, será así. Si no es así, señal que no es verdadera.

11. El fruto de sus obras

*“Engañosa es la elegancia, vana la hermosura,
la mujer que teme a Yahveh, ésa será alabada.
Dadle del fruto de sus manos
y que en las puertas la alaben sus obras”.*

Éstas que hemos enunciado son algunas de las virtudes a las que debe apuntar una educación auténtica. Todo lo dicho se podría sintetizar diciendo que la escuela debe apuntar a formar personas (hombres o mujeres) que tomen conciencia de dos cosas.

La primera es que lo que importa no es lo externo sino el interior. Lo externo es pura cáscara: “engañoso es la elegancia, vana la hermosura”. No entendamos esto sólo como una condena de la vanidad; eso no necesita ser probado. Se refiere, en cambio, a algo más profundo. Quiere decir que de nada nos sirve formar “cáscaras de cristianos” sino cristianos en serio. “La mujer que teme a Yahveh, ésa será alabada”. Hay que apuntar al “temor de Dios”, a ese temor que nace del amor de Dios; el temor de quien teme ofender porque ama mucho. No sirve de nada tanto esfuerzo como el que exige mantener un Colegio si únicamente conseguimos formar jóvenes o mujeres que sólo cumplan con Dios de la boca para afuera, sin convencimiento interior, sin fe, sin devoción, sin entrega generosa. Así no haremos ninguna civilización cristiana.

La segunda cosa, relacionada con la primera, es que la vida cristiana se demuestra con obras y no con puras promesas o palabras que se lleva el viento. “Dadle del fruto de sus manos y que en las puertas la alaben sus obras”. “Obras son amores”, dice el dicho. Y Santa Teresa anota en sus Moradas: “este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras” (*Moradas terceras*, 1,7).

La mujer tiene que ser, pues, perfecta. Y ¿cuál es la mujer perfecta?, se preguntaba el poeta, y respondía:

*La que sabe padecer,
La que a todos sabe amar,
Y sabe a todos llevar
Por la senda del deber.
La que el hogar santifica.
La que a Dios en él invoca,
La que todo cuanto toca
Lo ennoblece y dignifica.
La que mártir debe ser
Y fe a todos sabe dar,*

*Y les enseña a rezar
Y les enseña a creer.
La que de esa fe a la luz
Y al impulso de su ejemplo,
Erige en su casa un templo
Al trabajo y la virtud.
La que eso de Dios consiga
Es la perfecta mujer,
¡Y así tienes tú que ser
Para que Dios te bendiga!* (José M. Gabriel y Galán)

A estos aspectos de la educación debe apuntar una escuela que se precie de ser cristiana. Para lograrlo los formadores deben ser tales, es decir, “dadores de forma”. Sólo puede formar quien sea “forma”, es decir, “modelo”. Una persona capaz de inducir (y educir) estas virtudes en otros por la atracción de su ejemplo personal, la iluminación de su conducta y la persuasión de sus palabras.

Hay que plantearse constantemente la idoneidad de los formadores. Si no tenemos buenos educadores nunca obtendremos buenos educados. Un educador que quiera formar alguna de las virtudes antedichas en sus alumnos, debe reunir:

1º aptitudes didácticas, o sea, cualidades profesionales, intelectuales; especialmente el amor por ser él el primero en aprender, por conocer cada vez más, por adentrarse en el saber;

2º aptitudes de gobierno, es decir, capacidad para conducir a sus alumnos, para imponerse, no por la fuerza, sino por la persuasión;

3º aptitudes morales: o sea, virtuoso y capaz de imponerse con el ejemplo.

Los formadores de una escuela deben ser luminosos para poder iluminar. Así como esperamos que en una panadería haya buenos panaderos, así esperamos que en una escuela de virtudes haya educadores virtuosos. Fundamentalmente esto se logra inclinándose hacia el alumno y derramando sobre él lo que uno tiene dentro. El secreto de todo educador es hacerse *padre* de sus educandos. Lo dijo muy hermosamente nuestro poeta filósofo⁴:

⁴ Leopoldo Marechal, *Heptamerón, Didáctica de la Patria*, n. 21-22.

*Según la más antigua ley de la caridad,
el superior dirige al inferior.
Hasta los nueve coros angélicos reciben
y cumplen esta norma del gobierno amoroso;
y el ángel superior, al de abajo se inclina
para darle una luz que a su vez le fue dada.
Todo buen gobernante lo será
cuando a sus inferiores descienda por amor
y se haga un simulacro de aquel Padre Celeste
que a toda criatura da el sustento y la ley.
El gobernante que no asuma el gesto
de la paternidad
es ya un tirano de sus inferiores,
aunque regale sus fotografías
con muy dulces autógrafos.
Empero, no confundas esa paternidad
con un fácil reparto de juguetes.
Recordarás, Josef, que tu Padre de arriba
gobierna con dos manos:
con la mano de hiel de su Rigor
y la mano de azúcar de su Misericordia.
Si asumes el poder, usa las dos,
ya la dura o la blanda, según tu inteligencia.
Josef, el que gobierna con una mano sola
tiene la imperfección de un padre manco.*

II. Vocación y lucha de la Mujer

El escritor Dan Brown se hizo famoso a comienzos del siglo XXI por su libro *El Código Da Vinci*, conocido sobre todo por su anti-cristianismo general, y anti-catolicismo particular. Fama que ha ganado a costa de desfigurar, desacralizar, destruir, o como hoy se dice “des-construir”, la figura de Nuestro Señor Jesucristo y, entre otras cosas, la de María Magdalena. Permítasenos hacer algunas alusiones a ésta última, que pueden servirnos para enmarcar nuestro tema de la vocación de la mujer.

1. La mujer gnóstica

El referido Dan Brown –que después de una década de su clamoroso éxito editorial, ha pasado al recuerdo borroso que se ganan todos los mediocres– alimentó su febril mente con las peores corrientes del feminismo neo-gnóstico, llamado también radical, que han elegido a María Magdalena como su “modelo” de mujer, tal vez para intentar dar algún viso de seriedad a sus peregrinas reivindicaciones. En particular el autor de *El Código Da Vinci* es deudor de libros como los de Margaret Starbird, *María Magdalena y el Santo Grial. La mujer con el frasco de alabastro* (1993), y *La diosa en los evangelios* (1998); también del libro de Susan Haskins, *María Magdalena: mito y metáfora* (1996), etc. Todos estos libros han aprovechado la figura de María Magdalena para aplicarle un remodelamiento de chapa y pintura tras el cual, de la santa original no conservamos más que el nombre. Para hacer creíble su versión han tenido que inventar que “esa” es la verdadera historia y no la contada durante dos mil años por el cristianismo, tanto católico como no católico. Así por ejemplo la editorial Planeta presentaba el libro de Starbird (*María*

Magdalena y el Santo Grial) diciendo: “Cuando (la prestigiosa teóloga estadounidense Margaret Starbird) leyó sobre la existencia de una sociedad secreta que consideraba que María Magdalena había sido la esposa de Cristo y la verdadera depositaria de las enseñanzas de Jesús, comenzó a investigar para desmentir esas afirmaciones, que consideraba herejías. Sin embargo, conforme más se adentraba en los textos, los símbolos y los rastros arqueológicos, más se iba configurando una imagen de María Magdalena que no tenía nada que ver con la que nos ha transmitido la Iglesia Católica. En esta obra, *investigada con la mayor seriedad*, Starbird nos demuestra que Jesús no murió en la cruz, que María Magdalena fue su esposa y que fue a ella a quién Jesús confió sus enseñanzas. Al restaurar el lugar que corresponde a María Magdalena en la religión cristiana, Starbird recupera una parte de las raíces del cristianismo que hasta ahora se habían ignorado”⁵.

Esta Magdalena recauchutada pasa a convertirse en el modelo del feminismo radical: amante o esposa de Jesús, madre de sus hijos, cabeza de la secta que él habría fundado –por tanto sacerdotisa femenina–, y sobre todo, continuadora de las antiguas religiones paganas de corte matriarcal. Esto es lo que estos autores llaman reivindicar “la sacralidad femenina” o “el eterno femenino”. En su libro *La diosa en los evangelios*, la misma Starbird dice que haciendo un estudio de la numerología sagrada del Nuevo Testamento ella ha demostrado “irrevocablemente que, en la mitología cristiana, María Magdalena era entendida como la «Diosa»”. Decía la presentación de este libro publicada hace una década por la editorial Obelisco: “Este libro narra la historia de su propia conversión gradual, de una católica romana ortodoxa en alguien que ahora cree que, en el pasado, el «Matrimonio sagrado» encarnado en Cristo y María Magdalena estuvo en el corazón del cristianismo. Los «números sagrados» que se encuentran en los Evangelios la convencieron de que, sin lugar a dudas, ésta había sido la fe de la Iglesia primitiva. Este libro reclama a

⁵ Cf. <http://www.editorial.planeta.es/07/07.asp?field=Titulo&Text=magdalena&IDLIBRO=26167>; (entrada en 2004; actualmente ya no se encuentra).

la Novia de Jesús y la devuelve al cristianismo, ofreciendo un modelo celestial de una relación verdadera en el umbral del nuevo milenio”⁶.

No nos confundamos pensando que aquí se intenta realzar la dignidad de la mujer. Cuando se habla de “sacralidad femenina”, de “lo femenino sagrado” o del “eterno femenino” estamos en realidad ante una reivindicación del paganismo. Para el neo-gnosticismo, que es la religión de fondo de muchas corrientes modernas como la New Age, el feminismo radical y gran parte de la literatura del estilo de *El Código Da Vinci*, como *Santa Sangre*, *Santo Grial* (*Holy Blood, Holy Grail*) de Baigent, Leigh y Lincoln (1982), o *La Revelación Templaria: Guardianes Secretos de la Verdadera Identidad de Cristo* (*The Templar Revelation: Secret Guardians of the True Identity of Christ*), de Picknett y Prince (1998), Dios es una realidad “andrógina” (palabra griega muy de moda, que viene de *aner* –hombre– y *gynos* –mujer–; designando un ser que posee los dos sexos de modo complementario). También los alquimistas y ocultistas del siglo XIX afirmaron que Cristo era una realidad andrógina; y los neo-gnósticos vuelven a pregonarlo hoy en día. Por la misma razón las religiones neo-paganas presentan esa faceta andrógina, con sacerdotes y sacerdotisas unidos en matrimonio sagrado, o incluso con prostitución sagrada al estilo de algunos cultos paganos de la antigüedad, o incorporando entre sus ritos simbolismos sexuales, como hace la religión wicca con el rito de introducir un cuchillo (símbolo masculino) en un cáliz o grial (símbolo femenino), representando el acto sexual divino. De aquí la reivindicación del sacerdocio femenino, de las sacerdotisas, de las magas y de las hechiceras y brujas de la religión wicca, etc. Para los autores antes mencionados, ésta es la religión original de la humanidad; y esto es lo que habría intentado fundar Jesús (el primer feminista) al crear su grupo religioso, casándose con María Magdalena, poniéndola como cabeza de su iglesia y designándola su sucesora. A la muerte de Jesús, Pedro habría perseguido a la Magdalena tratando de alzarse con el liderazgo del grupo. Finalmente en el 325, por razones políticas, el emperador Constantino, habría hecho

⁶ Cf. <http://www.edicionesobelisco.com/ficha.asp?codart=7933>; Obelisco, Barcelona 2000 (entrada en 2004; actualmente ya no se encuentra).

reunir un Concilio en Nicea, donde bajo su influencia se “votó” la divinidad de Jesucristo y con una campaña certeramente armada y ejecutada se borró todo vestigio de la verdad (que, sin embargo, se habría mantenido oculta en los evangelios gnósticos sobrevivientes) y se inventó la historia que ha llegado a nosotros en los evangelios falsificados (los que poseemos en nuestras Biblias). Constantino –el verdadero fundador del Cristianismo– se habría asegurado así que de ahí en más toda religión fuera masculina. Esta es la tesis de *El Código Da Vinci*, los libros de Margaret Starbird y otros como *Cuando Dios era Mujer* de Merlin Stone (1976), *El caliz y la espada; nuestra historia, nuestro futuro*, de Riane Eisler (1977), *Del Cielo a la Tierra. Una antología de teología feminista*, de Mary Judith Ress (1994), etc.

Todos estos no son divagues inocentes, o mejor, son lo primero pero no lo segundo. Philip Davis ha escrito con claridad en su libro *Diosas desenmascaradas: el resurgir de la espiritualidad feminista neo-pagana*, que “los libros de diosas deberían ser vistos como profesiones de fe, y sus autores como evangelistas neo-paganos”⁷.

El hecho de que no se trata de una reivindicación de la mujer como tal lo demuestra el profundo disgusto que estos autores experimentan hacia la Virgen María. El libro de gran divulgación, *La revelación templaria*, de Lynn Picknett y Clive Prince (1997), describe a María Santísima despectivamente como una mujer “no sexual y remota”, como débil, sumisa, dócil, como la encarnación de la subordinación. Una feminista radical, Mary Daly, ¡ex religiosa!, describe a María Santísima como una “diosa domesticada”, sexualmente violada⁸.

No se trata, pues, de realzar la mujer sino solo “el modelo” de mujer que esta corriente quiere imponer. Alterar la figura de la Virgen es una tarea casi imposible: es demasiado bien conocida y defendida por los católicos. Pero la Magdalena, es más lejana, menos conocida y más misteriosa. Es fácil crear el mito en torno a ella, inventar una conspiración de desprestigio y silencio a su alrededor y hacerla resucitar para el mundo actual como el modelo de la mujer rebelde, sacerdotisa, hechicera y maga, defensora de derechos

⁷ Davis, Philip, *Goddess Unmasked: The rise of Neo-pagan Feminist Spirituality*, Dallas (1998), 87.

⁸ Daly, Mary, *Gyn-Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Boston (1978), 84.

sexuales como el aborto, el divorcio, el lesbianismo y la liberación femenina. La Magdalena es el Che Guevara del feminismo radical.

Pero no se trata de simple charlatanería o entretenimiento, sino de una nueva religión.

2. La verdadera dignidad de la mujer

Lo anteriormente dicho nos muestra que se puede hablar mucho de la mujer sin por ello hacer ningún obsequio en su honor. No ha sido el gnosticismo el que ha honrado verdaderamente a la mujer sino, Jesucristo: “Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la mujer y de la vocación correspondiente a esta dignidad”⁹.

Y en contra de lo que afirman los libros antes elencados no deja de ser sorprendente el gran número de mujeres, de diversa edad y condición que topamos en las páginas del Evangelio y las maravillas que de ellas allí se dicen¹⁰.

Nos encontramos con mujeres aquejadas de enfermedades o de sufrimientos físicos, como aquella mujer poseída por “un espíritu que la tenía enferma; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse” (Lc 13,11), o como la suegra de Simón que estaba “en cama con la fiebre” (Mc 1,30), o como la mujer “que padecía flujo de sangre” (cf. Mc 5,25-34) y que no podía tocar a nadie porque pensaba que su contacto hacía al hombre “impuro”. Todas ellas fueron curadas, y la última, la hemorroisa, que tocó el manto de Jesús “entre la gente” (Mc 5,27), mereció la alabanza del Señor por su gran fe: “Tu fe te ha salvado” (Mc 5,34).

A veces Jesús va más allá de una curación milagrosa, como en el caso de la hija de Jairo a la que Jesús resucitó diciéndole con ternura: “Niña, a ti te lo digo, levántate” (Mc 5,41). También devuelve la vida al hijo único de la viuda de Naim, acompañando su gesto con una expresión de afectuosa piedad: “Tuvo compasión de ella y le dijo: «No llores»” (Lc 7,13).

⁹ Juan Pablo II, *Mulierem dignitatem*, 12.

¹⁰ Tomo cuanto sigue del hermoso desarrollo que Juan Pablo II consagra a las mujeres en los Evangelios en *Mulieris dignitatem*, n. 13-16.

El Evangelio nos presenta igualmente la figura de la mujer cananea, que suplicaba la curación de su hija, y quien mereció de parte de Cristo unas palabras de especial aprecio por su fe, su humildad y por aquella grandeza de espíritu de la que es capaz sólo el corazón de una madre: “Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas” (Mt 15,28).

A veces las mujeres que encontraba Jesús, y que de él recibieron tantas gracias, lo acompañaban en sus peregrinaciones con los apóstoles por las ciudades y los pueblos anunciando el Evangelio del Reino de Dios; algunas de ellas “le asistían con sus bienes”. Entre éstas, el Evangelio nombra a Juana, mujer del administrador de Herodes, Susana y “otras muchas” (cf. Lc 8,1-3).

Las mujeres también son personajes importantes en las parábolas con las que Jesús explicaba a sus oyentes las verdades sobre el Reino de Dios; así lo vemos en la parábola de la dracma perdida (cf. Lc 15,8-10), de la levadura (cf. Mt 13,33), de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias (cf. Mt 25,1-13). Particularmente elocuente es la narración del óbolo de la viuda. Mientras “los ricos (...) echaban sus donativos en el arca del tesoro (...) una viuda pobre echaba allí dos moneditas”. Entonces Jesús dijo: “Esta viuda pobre ha echado más que todos (...) ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir” (Lc 21,1-4). Con estas palabras Jesús la presenta como modelo, al mismo tiempo que la defiende, pues en el sistema socio-jurídico de entonces las viudas eran unos seres totalmente indefensos (cf. Lc 18,1-7).

En las enseñanzas de Jesús, así como en su modo de comportarse, no se encuentra nada que refleje la habitual discriminación de la mujer, propia de su tiempo; por el contrario, sus palabras y sus obras expresan siempre el respeto y el honor debido a la mujer. La mujer encorvada es llamada por Nuestro Señor “hija de Abraham” (Lc 13,16), mientras en toda la Biblia el título de “hijo de Abraham” se refiere sólo a los hombres. Recorriendo la vía dolorosa hacia el Gólgota, Jesús dirá a las mujeres: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí” Lc 23,28). Este modo de hablar sobre las mujeres y a las mujeres, y el modo de tratarlas, constituye una clara “novedad” respecto a las costumbres dominantes entonces.

Todo esto resulta aún más explícito referido a aquellas mujeres que la opinión común señalaba despectivamente como pecadoras: pecadoras públicas (es decir, prostitutas) y adúlteras. A la samaritana el mismo Jesús dice: “Has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo”. Ella, sintiendo que él sabía los secretos de su vida, reconoció en Jesús al Mesías y corrió a anunciarlo a sus compaisanos. El diálogo que precede a este reconocimiento es uno de los más bellos del Evangelio (cf. Jn 4,7-27).

Más llamativo es el caso de la pecadora pública que, a pesar de la opinión común que la condena, entra en casa del fariseo para ungir con aceite perfumado los pies de Jesús. Este, dirigiéndose al anfitrión que se escandalizaba de este hecho, dirá de la mujer: “Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor” (cf. Lc 7,37-47).

No menos elocuente es el caso de la mujer sorprendida en adulterio y que es conducida ante Jesús. A la pregunta provocativa: “Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú que dices?” Jesús responde: “Aquel de vosotros que esté sin pecado que le arroje la primera piedra”. La fuerza de la verdad contenida en tal respuesta fue tan grande que “se iban retirando uno tras otro comenzando por los más viejos”. Solamente quedan Jesús y la mujer. “¿Dónde están? ¿Nadie te condena?”. “Nadie, Señor”. “Tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más” (cf. Jn 8,3-11).

Las mujeres que se encuentran junto a Cristo se descubren a sí mismas en la verdad que él “enseña” y que él “realiza”, incluso cuando ésta es la verdad sobre su propia “pecaminosidad”. Por medio de esta verdad ellas se sienten “liberadas”, reintegradas en su propio ser; se sienten amadas por un “amor eterno”, por un amor que encuentra la expresión más directa en el mismo Cristo.

Estos episodios muestran que Cristo es aquel que “sabe lo que hay en el hombre” (cf. Jn 2,25), en el hombre y en la mujer. Conoce la dignidad del hombre, el valor que tiene a los ojos de Dios. La actitud de Jesús en relación con las mujeres que se encuentran con él a lo largo del camino de su predicación, es el reflejo del designio eterno de Dios que, al crear a cada una de ellas, la elige y la ama en Cristo (cf. Ef 1,1-5).

Al entrar en relación con Cristo la posición social de estas mujeres se transforma; sienten que Jesús les habla de cuestiones de las que en aquellos tiempos no se acostumbraba a discutir con una mujer. Un ejemplo muy significativo es el ya aludido de la Samaritana junto al pozo de Siquem. Jesús conversa con ella sobre los más profundos misterios de Dios: del don infinito del amor de Dios, que es como “una fuente que brota para la vida eterna” (Jn 4,14); habla de Dios que es Espíritu y de la verdadera adoración (cf. Jn 4, 24); le revela, finalmente, que Él es el Mesías prometido a Israel (cf. Jn 4, 26). Es éste un acontecimiento insólito si se tiene en cuenta el modo usual con que trataban a las mujeres los que enseñaban en Israel; pero, en el modo de actuar de Jesús de Nazaret un hecho semejante es normal. Merecen un recuerdo especial las hermanas de Lázaro; “Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro” (cf. Jn 11,5). María, “escuchaba la palabra” de Jesús, comportamiento que Él mismo definió como “la mejor parte” respecto a la preocupación de Marta por las tareas domésticas (cf. Lc 10,38-42). Marta —después de la muerte de Lázaro— interpela a Cristo y a ella le dice Jesús: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?” Y ella responde: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo” (Jn 11,21-27). En suma: Cristo habla con las mujeres acerca de las cosas de Dios y ellas le comprenden. Jesús manifiesta aprecio por dicha respuesta, tan “femenina”, y —como en el caso de la mujer cananea (cf. Mt 15, 28)— también admiración.

Los Evangelios también dan testimonio de que en el momento del dolor y a los pies de la Cruz estaban en primer lugar las mujeres. De los apóstoles sólo Juan permaneció fiel; las mujeres eran muchas. No sólo estaba la Madre de Cristo y “la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena” (Jn 19,25), sino que “había allí muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle” (Mt 27,55). Como es evidente, en ésta que fue la prueba más dura de la fe y de la fidelidad las mujeres se mostraron más fuertes que los apóstoles; en los momentos de peligro aquellas que “aman mucho” logran vencer el miedo. Antes de esto habían estado las mujeres en la vía dolorosa, “que se dolían y se lamentaban por él” (Lc 23,27). Y antes aun había

intervenido también la mujer de Pilatos, que advirtió a su marido: “No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa” (Mt 27,19).

Finalmente, el Evangelio les da un papel muy importante en la Resurrección del Señor, destacando la sensibilidad especial, propia de su femineidad, hacia Cristo. Ellas, movidas por la compasión y por el deseo de cumplir su deber con el cuerpo martirizado del Señor, son las primeras en llegar al sepulcro. Son, por eso, las primeras que lo encuentran vacío. Son las primeras que oyen: “No está aquí, ha resucitado como lo había anunciado” (Mt 28,6). Son las primeras en abrazarle los pies (cf. Mt 28, 9). Son igualmente las primeras en ser llamadas a anunciar esta verdad a los apóstoles (cf. Mt 28,1-10; Lc 24,8-11). El Evangelio de Juan (cf. también Mc 16,9) pone de relieve el papel especial de María de Magdala. Es la primera que encuentra a Cristo resucitado. Al principio lo confunde con el guardián del jardín; lo reconoce solamente cuando él la llama por su nombre: “Jesús le dice: «María». Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní» —que quiere decir: «Maestro»—. Dícele Jesús: «No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios». Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras” (Jn 20,16-18). Por esto Rábano Mauro la llama “la apóstol de los apóstoles”, ya que fue la primera en dar testimonio de él ante los apóstoles.

Este acontecimiento, en cierto sentido, corona todo lo ya dicho sobre el hecho de que Jesús confiaba a las mujeres las verdades divinas, lo mismo que a los hombres. Puede decirse que de esta manera se han cumplido las palabras del Profeta: “Yo derramaré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos y *vuestras hijas* profetizarán” (Jl 3,1).

Volvamos a insistir en lo que decíamos más arriba: ningún escrito gnóstico que diviniza la mujer la eleva, de hecho, más de cuanto lo hace la misma doctrina evangélica y de cuanto lo hizo Jesús en su vida pública.

3. La inclinación oblativa de la mujer

La vocación de la mujer pasa, como profundizaremos en la tercera parte de este opúsculo, por la inclinación a donar vida, lo que puede concretarse de modo *físico* o de modo *espiritual*. Este último modo es *universal*, es decir, está abierto a toda mujer, sea esta capaz de engendrar biológicamente una vida humana, o incapaz (estéril) o haya renunciado a esa potencialidad por razones superiores (como la mujer consagrada). La *capacidad y necesidad espiritual de donar vida* acompaña, pues, siempre al ser femenino (no así, la capacidad biológica) y es la que, por tanto, signa su femineidad. En el orden espiritual y sobrenatural, se pone de manifiesto particularmente en el modo de santificación de la mujer, que adquiere en ella un carácter singularmente oblativo y sacrificial: la mujer tiene vocación a la inmolación, a ser víctima, a entregarse. Por eso dice Croissant: “está naturalmente dispuesta al «sacerdocio del corazón» porque el espíritu de sacrificio, tan natural en ella, es parte integrante del espíritu sacerdotal”¹¹.

No podemos dudar de esta realidad si observamos la cantidad de santas que en la historia de la Iglesia han escuchado el llamado divino a brindarse como víctimas a Dios por la salvación de las almas: santa Mariana de Jesús que se ofreció como víctima por la salvación de Ecuador, la pequeña Jacinta Marto por los pecadores, al igual que Santa Faustina Kowalska, Sor Eusebia Palomino, Santa Teresa del Niño Jesús, Santa Catalina de Siena... En 1948 Juan Pablo II beatificó a Pina Suriano quien, con otras tres compañeras, se ofreció a Dios como víctima por la santificación de los sacerdotes; todas estas vidas fueron aceptadas por Dios. Conocemos muchos casos de santos varones que han hecho lo mismo, pero el número de vocaciones víctimas se inclina fuertemente hacia las mujeres. Es particularmente conmovedor el caso de Elisabeth Lesseur –la primera mujer no canonizada que ha sido citada en un documento pontificio– quien ofreció su vida a Dios a cambio de la conversión de su esposo, el médico ateo Felix Lesseur. Este escribía años más tarde, tras descubrir el *Diario* privado de su esposa: “En el momento en

¹¹ Jo Croissant, *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón*, Buenos Aires (2004), 153.

que se decidió operarla [de su delicada enfermedad] [Elisabeth] hizo con Dios una especie de pacto, ofreciendo su vida a cambio de mi retorno a la fe. Su sacrificio era absoluto, y ella estaba convencida de que Dios lo aceptaría y la llamaría prematuramente a Sí. Pero al mismo tiempo tenía la certidumbre de que aseguraría mi conversión”¹². Cuando Felix Lesseur escribía estas palabras ya era no sólo católico, sino sacerdote, pues, tras su conversión entró en la orden religiosa de los dominicos.

San Pedro en su primera carta dice que incluso los maridos sin fe serán ganados por las conductas de sus mujeres santas (cf. 1Pe 3,1-2). Por algo las dos veces que en los evangelios María Santísima ejerce una mediación entre su Hijo y los hombres es llamada por Él con el término majestuoso y universal de “Mujer”: en las bodas de Caná cuando vela sobre la felicidad del matrimonio, y al pie de la cruz mientras recibe en su seno doloroso y protector a Juan, y con él a todos los hombres. Como si además de Madre de Dios, en esos actos ella cumpliera, de forma sublime, lo que toda mujer es por naturaleza.

Hay mujeres, que confiadas en las palabras de Jesús (“pedid y recibiréis; golpead y se os abrirá”), pasan la vida golpeando las puertas del cielo para que puedan entrar sus maridos, sus hijos, sus hermanos... Pero hay otras que llegan a taladrar esas mismas puertas con las uñas de sus clamores y lágrimas, y estas son las madres de ubérrimos pechos que han llenado el cielo de hijos nacidos de su oración.

4. Función mediadora de la mujer

En la aurora de la humanidad, Eva ejerció una mediación de pecado entre la Serpiente y el Hombre. La “ayuda” que Dios había dado al varón se convirtió, por la debilidad de nuestra primera madre, en un empujón al abismo. En el Plan de Dios tal mediación debía revertirse, de modo que, por donde empezó la muerte, recomenzara la vida. He aquí por qué el Ángel pide a María su consen-

¹² Lesseur, Felix, *In memoriam*, en: Elisabeth Lesseur, *Diario*, Bs. As. (1989), 55.

timiento a la Encarnación: tenía que ser un acto libre y generoso de una Mujer; de “La” Mujer.

Esta misión no ha terminado. Y así como por María entró Dios en el mundo, así muchas mujeres han de ser el punto de partida en la obra de la salvación de multitud de seres humanos. Como explica Croissant: “Hay entre la mujer y Dios como una connivencia, una complicidad. Ella participa en el nacimiento del hombre, en el nacimiento de la humanidad, uniéndose a Dios. Por el «Sí» de María, la salvación entró en el mundo. Por el «Sí» de la mujer, el mundo será salvado. Ella precede al hombre en la comprensión de los misterios divinos, y por la recepción del Verbo, da a luz al Reino. Ella muestra el camino. Por eso, por su misión específica en el plan de Dios, *la mujer debe cambiar primero*”¹³. En esto consiste esa misteriosa “maternidad espiritual salvífica”.

De ahí que con tanta frecuencia la conversión de la mujer sea aurora de la conversión de muchos hombres. El demonio sabe esto; y por esta razón porfía tanto en destruir a la mujer, es decir, la auténtica femineidad, borrando las indudables diferencias entre el varón y la mujer, atacando el matrimonio y la familia tradicional, neutralizando la capacidad maternal, burlando la virginidad. “El Maligno es mucho más celoso de la mujer que del varón porque ella tiene la misión de ser vida, de dar la vida, de dar a luz y por eso participar íntimamente en el plan de Dios. La serpiente sabe que para estar contra el plan de Dios, debe atacar a la mujer y disminuir su capacidad de dar vida”¹⁴.

He aquí el daño irreparable que se hace al mundo con la deformación de la verdadera idea de la mujer y del varón; por lo mismo no hay restauración de la sociedad que no pase por el hecho de que “el hombre y la mujer se reconcilien con su propia identidad”¹⁵. Los movimientos feministas radicales proclaman defender la dignidad femenina, mientras que no hacen otra cosa que sumergir a la mujer en una profunda confusión e inseguridad de sí misma, dándole una imagen falsa y desfigurada de sí misma. A muchas mujeres, escribe Croissant, “las he encontrado perdidas, desamparadas (...) han per-

¹³ Jo Croissant, *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón*, 75.

¹⁴ Jo Croissant, *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón*, 102.

¹⁵ Jo Croissant, *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón*, 8.

dido la identidad (...) ignoran cómo situarse con respecto al varón y cuál podría ser su misión”¹⁶. Y esto tiene repercusiones generales, como sigue diciendo: “El mundo moderno está desestabilizado completamente porque la mujer no sabe quién es y, más que nunca, se cuestiona sobre su identidad y misión”¹⁷. En la recuperación, por parte de la mujer, del papel que Dios le ha asignado en su Obra, se juega, en parte, el futuro de la humanidad, porque de ella, que es Eva, “madre de los vivientes”, pende el futuro de la vida.

El demonio y quienes se enancan en sus proyectos saben bien que ser mujer no es una construcción cultural o la personificación que alguien decide asumir en este mundo¹⁸, sino una vocación fundada sobre una base genética y una estructura biofísica, y, por tanto, un modo de ser originario. Convencer engañosamente a los ilusos de lo primero es, por eso, la tarea que el Adversario del hombre se ha impuesto en este capítulo de la gran lucha teológica entre el demonio y Dios que nos toca vivir a nosotros.

5. Vocación de mujer

Es fundamental que toda mujer esté meridianamente convencida de que “ser mujer” no se cimenta en accidentes como la coquetería, la inclinación a agradar, o ciertas aposturas y ademanes que la diferencian del varón pero permanecen como lejanos componentes de la femineidad. Esta se establece por una serie de caracteres físicos, psicológicos y espirituales, en parte semejantes, y en parte distintos pero siempre complementarios de los masculinos. Mas también es, y esta es la base de lo anterior, una vocación divina. Dios llama a algunas personas con una vocación específica que sólo pueden cumplir en la medida que posean cualidades físicas, psicológicas, afectivas y espirituales adecuadas a esa tarea. Es una verdad teológica que cuando Dios destina a alguien a una misión (como custodiar la Sagrada Familia en el caso de san José, o preparar el ca-

¹⁶ Jo Croissant, *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón*, 13.

¹⁷ Jo Croissant, *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón*, 17.

¹⁸ Sobre este punto es muy importante el estudio: AA.VV., *Mujer y varón. ¿Misterio o autoconstrucción?*, CEU-Universidad Francisco de Vitoria-UCAM, Madrid (2008). El libro fue editado con motivo de los veinte años de la *Mulieris dignitatem*, y aborda la llamada “ideología de género”, según la cual el ser hombre o mujer sería una construcción cultural.

mino del Salvador en el de Juan Bautista, o ser Madre de Dios en el de la Virgen) le concede todas las características y gracias necesarias para que pueda realizar con perfección su tarea; Dios nunca da un fin sin otorgar los medios para alcanzarlo. Esto vale también en un plano más general para todo ser humano. Por eso decimos que hay una misión en este mundo para cuyo cumplimiento Dios ha creado personas con las características específicas que las hacen “mujeres”, así como a otras personas las ha hecho, también por la misión que les ha dado, “varones”.

Yendo más a lo concreto, hemos de decir que ser mujer es, ante todo, una *vocación de donación*, de entrega, de generosidad. Porque aunque para concebir un hijo hagan falta un hombre y una mujer, es esta última quien lo gesta en su seno, le da su sangre, su calor, el alimento y el afecto, de una manera única. Por esta razón, al descubrir su vocación de donarse, la mujer descifra también su capacidad de ser madre; algunas veces como madres carnales; y otras como madres espirituales, como ocurre a las mujeres que adoptan, a las que crían a los hijos de otros, las madres de los pobres, de los desamparados. La maternidad no se agota al engendrar vida física, como lo han demostrado mujeres como Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Teresa de Calcuta... Como escribe con acierto Gertrud von Le Fort: “En todas las partes en donde hay entrega encontramos también un rayo del misterio de la Mujer Eterna; pero en donde la mujer se quiere a sí misma, allí se esfuma el misterio metafísico. Elevando su propia imagen, destruye la imagen eterna”¹⁹.

Ser mujer es también *vocación de recibir*. Porque la generosidad no sólo está en el dar, sino también en el aceptar algo, cuando esto equivale a una responsabilidad. Todo matrimonio sabe que recibir un hijo exige generosidad. Y lo sabe más la mujer que el varón, porque a ella un hijo no puede llegarle sin determinarle la vida; un varón puede ver su vida “más o menos” alterada por un nuevo hijo; pero la mujer queda totalmente comprometida con el hijo que engendra y gesta en su seno. Además, un hijo no se fabrica, sino que se engendra; lo que significa que se hace dentro; fabricar es “hacer fuera” o “para fuera”. Y por eso, una mujer tiene que desarrollar capacidad

¹⁹ Von Le Fort, G., *La Mujer eterna*, 25.

de vida interior, porque desde que sabe que espera un hijo debe mirar para adentro suyo, para escucharlo y para hablarle.

Ser mujer es vocación *de lo concreto*, mientras que el hombre es más universal y abstracto. La mujer no deja de tener la visión de lo universal, pero ella puede subir y bajar de las cosas generales a los detalles, y los ve donde muchas veces el varón no ve. De este modo, ella pone la nota puntual en el mundo, el respeto por lo concreto, por el detalle. Cuando entramos en un lugar donde hay orden y practicidad podemos conjeturar que por allí pasó un varón; pero si hay orden y belleza es muy probable que haya pasado una mujer. Si en nuestro mundo todo fuera ordenado y práctico, sin el toque femenino, sería quizá espantoso; no hay nada tan práctico y ordenado como un quirófano, y nada más lejos de él que la idea que tenemos de un hogar o del paraíso.

Ser mujer es también *vocación de resistencia*. Porque como nos enseña la experiencia, en términos generales los varones se destacan más cuando hay que esforzarse y atacar, cuando la amenaza viene de fuera y exige pelear, incluso arriesgando la vida; pero su capacidad se derrumba más prontamente cuando se trata de dolores largos y penosos, de situaciones que exigen paciencia y entereza. La mujer, siendo físicamente más débil para la lucha violenta, posee, en cambio, una enorme capacidad para resistir el sufrimiento, paciencia para los dolores prolongados y tenacidad para perseverar en la adversidad. Esto, evidentemente, debe entenderse en términos generales pues todos conocemos muchos casos que se salen de estas reglas, las cuales, sin embargo, siguen valiendo para la mayoría de las personas.

III. La Mujer y la Gracia

Ahondemos un poco más en algunos de los conceptos introducidos en el punto anterior, analizando la relación entre la mujer y la gracia. Esto nos obliga a trazar un doble cuadro: el primero sobre la obra de la gracia divina en la mujer, y el segundo sobre la mujer en la obra de la gracia.

1. La gracia en la mujer

Del primero, la gracia sobrenatural en la mujer, diremos poco, porque no es más que una aplicación de la doctrina general de la gracia, que no difiere sustancialmente en el varón y en la mujer. En ambos la gracia sana la naturaleza, la eleva y produce el mundo de los hábitos que nos ponen en relación directa con Dios: las virtudes teologales por las que nosotros *usamos* sobrenaturalmente nuestras potencias espirituales (inteligencia y voluntad) para conocer, esperar y amar a Dios, y los dones del Espíritu Santo por los cuales *recibimos* pasivamente la acción divina que nos mueve *a su modo y estilo* en el orden sobrenatural. La gracia nos transforma produciendo en nosotros una verdadera *deificación*, como osaban decir algunos Padres griegos de la Iglesia, y la *filiación adoptiva*, como prefirieron expresar esta misma idea los Padres occidentales.

Aplicar estos conceptos al varón o a la mujer es, en sus líneas capitales, indistinto. Precisamente encontramos en este punto un elemento básico de la fundamental igualdad entre el varón y la mujer: ambos están llamados a la misma santidad, a la misma relación filial con Dios, y a la misma felicidad eterna que se ha de consumir al ver a Dios cara a cara (cf. 1Jn 3,2; 1Co 13,12). San Pablo lo expresó diciendo: “Ya no hay judío o griego, ni siervo o libre, ni varón

o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si todos sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa” (Gál 3,28-29). También Nuestro Señor aludió a esto, en referencia a la vida eterna, que es la consumación de la gracia, al afirmar: “cuando [los hombres] resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en los cielos” (Mc 12,25). En cuanto hijos de la Iglesia, pues, no hay diferencia entre hombres y mujeres, como señalaba Edith Stein²⁰.

En cambio, sí podemos señalar algunos elementos propiamente femeninos si analizamos la misión que Dios ha asignado a la mujer en la obra redentora del mundo.

2. En el orden natural

Esta misión en el orden de la gracia es análoga a la que tiene en el orden natural por lo que comenzamos por recordar este aspecto. Es un “hecho evidente” que “el cuerpo y el alma de la mujer están hechos para una finalidad especial”; “está configurada para ser compañera del hombre y madre de seres humanos. Para eso está dispuesto su cuerpo, al cual corresponde sin embargo también su especificidad anímica” como “se desprende del axioma de santo Tomás *anima forma corporis*” (el alma es forma del cuerpo). Es decir que “allí donde las potencias están configuradas de un modo tan profundamente distinto —en todo el conjunto de la naturaleza humana—, allí también debe darse un tipo distinto de alma”²¹. Este principio de Edith Stein es muy importante. Está diciendo que de las cualidades y potencialidades físicas se desprende también lo propio y específico del alma; no se refiere a la belleza o fealdad, a la forma o deformidad, a la salud o enfermedad..., que pueden presentarse en este o aquel individuo, sino a lo que es común a los cuerpos femenino y masculino. El fundamento es la doctrina que dice que cada alma se individúa por el cuerpo de la cual es forma: “las almas

²⁰ “Todos aquellos que participan de la redención se convierten precisamente de ese modo en *hijos de la Iglesia*, y en ello no hay diferencia entre hombres y mujeres” (Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, Madrid [2006], 295).

²¹ Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 26. Todo lo entrecomillado en este párrafo pertenece a la misma autora.

se diversifican en razón de los cuerpos que informan y que son necesariamente diferentes. El cuerpo del hombre tiene, pues, un papel esencial en la constitución de su individualidad. Es su alma la que le hace ser hombre y que hace vivir y existir a su cuerpo. Pero su cuerpo le hace ser este hombre, un yo distinto de todos los demás”²². El alma ha sido creada para ser forma de tal cuerpo y por tanto existe una proporción entre aquella y este. Ahora bien, las potencialidades femeninas capacitan a la mujer para ser madre y ser complemento del varón: “La naturaleza de la mujer está basada sobre su vocación originaria: ser esposa y madre. Ambas se encuentran totalmente entrelazadas. El cuerpo de la mujer está plasmado para «ser una sola carne» con otro y para desarrollar en sí una nueva vida humana. A esto corresponde que el alma de la mujer esté dispuesta a ser fiel a una cabeza en obediencia, presta al servicio, y a la vez a ser su apoyo sólido, al modo en que un cuerpo bien disciplinado es un instrumento adecuado para el espíritu que lo anima, pero también es para él una fuente de energía y a él le da su sólida posición en el mundo exterior. Y ella está dispuesta a ser para otras almas protección y morada en que dichas almas puedan desarrollarse. Esta doble función de compañera del alma y de madre de las almas no está limitada a los confines de la relación esponsal y materna, sino que se extiende a todos los seres humanos que entran en el horizonte de la mujer”²³.

Por esta razón “la impostación de la mujer –sigue diciendo Edith Stein– se dirige a lo personal vital, y a la totalidad”.

En el orden maternal su deseo la empuja a “proteger, custodiar y tutelar, nutrir y hacer crecer”. En este sentido “lo muerto, la mera cosa, le interesa a ella en primera línea en la medida en que sirve a lo personal vivo, no por sí mismo. Junto con esta característica se da la otra: la abstracción en cualquier sentido le queda lejos por naturaleza. Lo personal-vital, aquello a lo que atiende su solicitud, es un todo concreto, y como tal todo concreto quiere ser tutelado y desarrollado, no una parte a costa de una o de otras: no el espíritu a costa del cuerpo o a la inversa, y tampoco una facultad del alma a costa de

²² Verneaux, Roger, *Filosofía del hombre*, Barcelona (1972), 229.

²³ Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 146.

las otras. No lo soporta en sí misma, ni en los otros. Y a esta actitud práctica le corresponde la teórica: su modo de conocimiento natural no es tanto el analítico-conceptual cuanto el intuitivo y consumidor orientado hacia lo concreto. Esta disposición natural capacita a la mujer para ser cuidadora y educadora de sus propios hijos, pero su disposición básica no se limita a esto, sino que se extiende también a su marido y a todos los seres que se encuentran en su entorno”²⁴.

En el orden de su inclinación esponsalicia, la naturaleza la capacita y la empuja a “compartir la vida de otro ser humano y participar en todo lo que le afecta, en lo más grande y en lo más pequeño, en las alegrías y en los sufrimientos, pero también en los trabajos y problemas constituye su don y su felicidad. El hombre va a «lo suyo» y espera que los otros muestren al respecto interés y disposición para la ayuda; en general le resulta difícil ponerse en lugar de otros seres humanos y en las cosas de otras gentes. Esto, por el contrario, le es natural a la mujer, y es capaz de penetrar empática y reflexivamente en ámbitos que a ella de suyo le quedan lejos y de los cuales jamás se hubiera preocupado si no hubiese puesto en juego al respecto un interés personal”²⁵.

Juan Pablo II lo ha expresado con esta audaz idea: “La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que *Dios le confía de un modo especial el hombre*, es decir, el ser humano. Naturalmente, cada hombre es confiado por Dios a todos y cada uno. Sin embargo, esta entrega se refiere especialmente a la mujer —sobre todo en razón de su femineidad— y ello decide principalmente su vocación”²⁶.

Estas cualidades también se ponen singularmente de manifiesto en los *defectos y heridas* que el pecado original ha introducido en la mujer.

Su inclinación a lo personal y vital, afirma más adelante Edith Stein, se desordena “como inclinación a ocuparse desmesuradamente con la propia persona: vanidad, exigencia de alabanza y reconocimiento, desenfrenada necesidad de entrometerse. Por otra parte,

²⁴ Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 26-27.

²⁵ Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 27.

²⁶ Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, 30.

como excesivo interés por los demás: curiosidad, chismorreos, inmisicusión indiscreta en la vida íntima de otros seres humanos”.

Su capacidad de totalidad, en vez de realizarse en una entrega plena a una actividad, “conduce fácilmente a la dispersión de las fuerzas, al rechazo de la necesaria disciplina técnica de cada una de las actividades, al golosineo superficial en todos los campos; y, en la relación con los otros, a la inclinación a incautarse totalmente de ellos, mucho más allá de cuanto lo exigen las funciones maternas. La compañera que comparte deviene entonces un incordio cargante que no tolera ninguna maduración callada, sosegada, y que por ello no favorece el desarrollo, sino que lo reprime e impide; en lugar del servicio amistoso emerge la voluntad de dominio. ¡Cuántos matrimonios desdichados, cuánta alienación entre madres e hijos crecidos o que están creciendo han de atribuirse a esta degeneración!”

Pero precisamente en estas mismas dos cualidades encontramos los principales haces de luz de la mujer que ha llevado a plenitud la esencia femenina, María Santísima. Cito a la misma autora: “En el punto central de su vida está su hijo. Ella atiende su nacimiento con bienaventurada expectación, ella protege su infancia, ella lo sigue en su caminar, cerca o lejos, según lo desea él: ella le tiene en sus brazos una vez muerto; ella cumple el testamento del que se ha ido. Pero todo esto lo hace ella no como su asunto, ella es en todo la esclava del Señor, cumple aquello para lo que ha sido llamada por Dios. Y por eso no considera al hijo como propiedad suya: lo ha recibido de las manos de Dios, en las manos de Dios vuelve a ponerlo cuando lo ofrece como víctima en el templo, cuando lo acompaña a la muerte en la cruz. Consideremos a la madre de Dios como esposa: confianza callada e ilimitada, que descansa asimismo en una confianza ilimitada; obediencia silenciosa; coparticipación fiel y natural en el dolor, y todo eso subordinado al amor de Dios, que le ha dado el esposo como defensor humano y cabeza visible”²⁷.

²⁷ Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 29-30.

3. En el orden sobrenatural

Esta misma vocación la hallamos en toda mujer en el orden sobrenatural, porque, como dice el principio teológico: “la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona”; por tanto, toma la naturaleza y la eleva para que sus obras y frutos se realicen también el orden sobrenatural: “a la mujer en cuanto tal le corresponde en la Iglesia una particular *posición orgánica*”²⁸. La escritora francesa Jo Croissant, a quien ya he citado varias veces, ha tratado de definir este rol con la expresión –ya mencionada– “sacerdocio del corazón” que, bien entendido, expresa la misma realidad que estamos describiendo, aunque prefiero apelar a un concepto más tradicional y más preciso, que es el de *maternidad espiritual en sentido estricto*.

La maternidad espiritual (o, si se prefiere, *sacerdocio del corazón*), aplicado a la Mujer por excelencia, la Santísima Virgen María, indica la mediación salvífica o de gracia que ella ejerce, por expresa voluntad positiva de Dios, sobre todos los predestinados. Escribe San Luis Grignon de Montfort:

“Confieso con toda la Iglesia que, siendo María una simple criatura salida de las manos del Altísimo, comparada a la infinita Majestad de Dios, es menos que un átomo, o mejor, es nada, porque sólo Él es «El que es» (Ex 3,14). Por consiguiente, este gran Señor, siempre independiente y suficiente a sí mismo, no tiene ni ha tenido absoluta necesidad de la Santísima Virgen para realizar su voluntad y manifestar su gloria (...) Afirmo, sin embargo, que dadas las cosas como son, habiendo querido Dios comenzar y culminar sus mayores obras por medio de la Santísima Virgen desde que la formó, es de creer que no cambiará jamás de proceder (...) [Por tanto] la Santísima Virgen fue necesaria a Dios con necesidad llamada hipotética, es decir, proveniente de la voluntad divina, debemos concluir que es mucho más necesaria a los hombres para alcanzar la salvación”²⁹.

Esta mediación que ejerce nuestra Madre celestial, es propiamente hablando una maternidad espiritual: “Dos hijos tiene María –dice San Luis citando a Conrado de Sajonia–: un Hombre-Dios y

²⁸ Cf. Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 295.

²⁹ San Luis María de Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción*, nn. 14-15 y 39.

un hombre-hombre. Del primero es madre corporal; del segundo, madre espiritual”³⁰.

Aplicada a las mujeres en general esta maternidad espiritual, significa que ellas, *por su naturaleza*, es decir, por razón de la *capacidad maternal y sponsalicia*, no solo son capaces en algunos casos (porque pueden estar limitadas por razones como la esterilidad, la soltería o la consagración virginal) de dar la vida física a un nuevo ser humano, sino que también tienen la virtud (y esto siempre) de producir una influencia vivificante y maduradora sobre aquellos que toman a su cargo: sus hijos, sus esposos, sus hermanos, sus súbditos. Juan Pablo II ha expresado este pensamiento diciendo: “La maternidad espiritual reviste formas múltiples. En la vida de las mujeres consagradas (...) dicha maternidad se podrá expresar como solicitud por los hombres, especialmente por los más necesitados: los enfermos, los minusválidos, los abandonados, los huérfanos, los ancianos, los niños, los jóvenes, los encarcelados y, en general, los marginados”. Y más adelante también les aplica el concepto a las mujeres casadas: “Y si se trata de la maternidad física ¿no debe quizás ser ésta también una maternidad espiritual, para responder a la verdad global sobre el hombre que es unidad de cuerpo y espíritu?”³¹.

Esta maternidad espiritual no queda limitada al plano natural, entendida de la educación humana de sus hijos, alumnos, etc., sino que se extiende también al plano de la gracia y de la salvación.

En efecto, es de fe que la gracia divina proviene de modo fontal de Cristo sacerdote (de quien recibimos, como dice san Juan en su evangelio, “gracia tras gracia”: Jn 1,16) y, en unión con Él, del sacerdocio católico, que es ministerio de la gracia, derramada abundantemente por medio del maravilloso universo sacramental. Pero la gracia requiere *preparación* para ser recibida, *cuidado* para no perderse una vez recibida, y *cultivo* para que crezca. Y si bien todo esto es obra del mismo Dios (“es Dios quien da el crecimiento”: cf. 1Co 3,6), sin embargo, Él asocia a su obra a determinadas almas, las cuales reciben el nombre de “padres y madres”, porque es una obra de generación (espiritual); y por eso se atreve a decir san Pablo a

³⁰ Ibidem, n. 141.

³¹ Juan Pablo II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, 21.

los corintios: “Porque aunque tengáis diez mil educadores en Cristo, no tenéis muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo” (1Co 4,15).

Indudablemente esta no es una tarea exclusiva de la mujer, pero descubrimos en ella una *disposición particular* para esta misión; aptitud que está ligada a su capacidad natural de ser madre en el plano biológico, ya que la maternidad implica una relación íntima con la vida que es distinta de la que tiene el varón. La naturaleza, es decir, Dios que es su Autor, asocia a la mujer con la vida de una manera *total*, ya que, a diferencia del varón, que se limita a entregar a la mujer su poder fecundador, ella no se restringe a dar el suyo, sino que se convierte en el *receptáculo* de la nueva vida, su lugar natural, su *defensa*, el *terreno de gestación*... Todo lo cual exige de ella un morir a sí misma para ponerse al servicio de esta nueva vida.

Pues bien, la mujer se asocia a la obra redentora de Cristo de un modo análogo. “Toda alma –dice Edith Stein– que por el bautismo es purificada y elevada al estado de gracia es así generada por Cristo y nacida para Cristo. Y ella es generada en la Iglesia y nacida a través de la Iglesia. Los órganos de la Iglesia son aquellos a cuyo través es formado cada nuevo miembro y plenicado con la vida divina. Por eso es la Iglesia la madre de todos los redimidos. Y lo es por su íntima unión a Cristo, en la medida en que está a su lado como *sponsa Christi* y colabora con Él en su obra, la redención de la humanidad. La mujer es un órgano esencial para la maternidad sobrenatural de la Iglesia. Ante todo, con su maternidad corporal. A fin de que la Iglesia alcance su perfección debe la humanidad seguir procreando –a tal efecto debe ella alcanzar el número de miembros a que está llamada–. La vida de la gracia presupone la vida natural (...) Pero la participación de la mujer en la maternidad espiritual de la Iglesia se extiende más allá. Ella está llamada a colaborar en el despertar y fortalecer la vida de la gracia en los niños, es por tanto órgano inmediato de la maternidad sobrenatural de la Iglesia, ella misma participa de esta maternidad sobrenatural”³².

³² Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 297-298.

4. El alma de la mujer

Para poder ejercer esta misión, el alma de la mujer debe reunir ciertas cualidades, que describo, volviendo a recurrir a Edith Stein³³.

“El alma de la mujer debe... ser *amplia y abierta* a todo lo humano; debe ser *sosegada*, de modo que ninguna débil llamita pueda ser apagada por la tempestad; debe ser *cálida*, a fin de que la tiernas semillas no se congelen; debe ser *luminosa* para que en las esquinas y pliegues oscuros no hagan su nido los parásitos; en sí *reservada*, de forma que las irrupciones del exterior no amenacen la vida en el interior; *vacía de sí misma*, para que la vida ajena tenga en ella espacio; finalmente, *señora de sí misma y de su propia realidad*, a fin de que toda su personalidad se encuentre en actitud de servicio a toda llamada (...)”

“*Amplia* debe ser el alma de la mujer, nada humano queda para ella ajeno, y claramente posee la capacidad al respecto: su interés principal se dirige, por término medio, a seres humanos y a relaciones humanas. Pero, si se abandona a la simple inclinación natural, esto ocurre entonces de una forma poco adecuada a su finalidad. Así, el interés deviene a menudo, sobre todo, simple curiosidad: el simple querer conocer seres humanos y sus relaciones, a veces realmente una codicia formal para irrumpir en el terreno ajeno. Si se atiende a este impulso no se gana nada bueno para el alma propia ni para las ajenas. En cierto modo ella sale de sí y permanece en la exterioridad ante los hechos. Se pierde sin dar nada a los otros. Eso es infructuoso, e incluso perjudicial. Sólo servirá si sale fuera para buscar y llevar a casa: es el tesoro escondido que reposa en toda alma humana y que puede enriquecer no sólo a la propia, sino a otras que le abren sus almas; y el peso que, oculto o escondido, está puesto en cada alma humana. (...)”

“*Silenciosa* debe ser el alma, pues la vida que ha de proteger es tímida y sólo habla suavemente; si ella misma hace ruido no podrá escucharla, y pronto estaría totalmente enmudecida y se le retiraría. ¿Puede decirse que el alma femenina haya tenido también por naturaleza esta disposición? En principio parece todo lo contrario. Muchas almas femeninas se encuentran demasiado, y demasiado

³³ Cf. Stein, Edith, *La mujer: su papel según la naturaleza y la gracia*, 146-151.

fuertemente, en movimiento; el movimiento conlleva ya mucho ruido, y además induce a anunciar y a comunicar lo conocido. Y sin embargo eso está ahí, frente a lo cual determinadas mujeres han podido aprender tan bien lo que ellas saben ejercer: aquellas mujeres a las que se recurre para encontrar paz, y que tienen oídos para las vocecitas más tiernas y tenues”.

“Esto se logra si se cumplen las otras exigencias: si el alma está *vacía de sí y recogida en sí*. Ciertamente, cuando el propio ego vocinglero está muy distante, entonces hay naturalmente espacio y paz, de forma que los otros pueden encontrar lugar y hacerse perceptibles. Pero eso no le ocurre a nadie por naturaleza, ni a hombre ni a mujer. «Oh, Señor, tóname a mí mismo y hazme todo entero de tu propiedad», se dice en una antigua plegaria alemana. Por nosotros mismos no lo podemos, es Dios quien debe hacerlo. Pero pedirlo de este modo resulta por naturaleza más fácil para la mujer que para el hombre, porque en ella vive el deseo natural de darse a sí misma completamente. Si ella llega a comprender correctamente que nadie distinto a Dios es digno de tomarla toda como propia, y que es un robo pecaminoso hecho a Dios darse toda a otro que no sea Él, entonces este don de sí ya no le parecerá difícil, y ella se liberará de sí misma (...)”

“*Cálida* es el alma de la mujer ya por naturaleza, pero su calidez natural es demasiado poco equilibrada. Ella abusa, o rehúsa, allí donde fuera más necesaria; por una pequeña llama es elevada a la incandescencia, que abrasa allí donde sólo debía calentar suavemente. También aquí sólo puede ayudarse si, en lugar del fuego terrenal, viene el celeste. Cuando el cielo divino, el amor divino, ha quemado todo lo impuro, entonces prende en el alma como una llama silenciosa, que no sólo calienta, sino también ilumina: entonces es todo luz, pura y clara. Desde luego, tampoco la claridad es visible, en primer lugar, como don natural. El alma de la mujer aparece mucho más como sorda y oscura, impenetrable para sí misma y para los otros. Sólo la luz divina la hace luminosa y clara”.

“Todo esto apunta a lo siguiente: lo que la mujer debe ser según su plasmación originaria sólo puede llegarla a ser, si a la configuración natural que actúa desde el interior se añade la configuración

mediante la gracia. Por eso el núcleo de toda formación femenina deberá ser la formación religiosa”. Hasta aquí Edith Stein.

5. La particular relación de la mujer con la pureza

Una última observación que no puedo dejar de enfatizar es la particular relación que tiene mujer con la virginidad y con la castidad, es decir, con la pureza de cuerpo y alma. La Madre de Jesús es virgen; es *La Virgen*, en el sentido de que su virginidad es irrepetible. Y esto no solo se debe a que estando destinada a ser Madre de Dios correspondía que tuviese la máxima integridad física, sino, *además*, a su única y singularísima función de *intermediaria* entre su Hijo divino y los demás hombres. Porque a pesar de las tinieblas que han oscurecido los corazones de los hombres desde el pecado de Adán, sin embargo, la mayoría de los pueblos ha entrevisto la necesidad de la virginidad para aquellas a quienes confiaba la misión de presentar la plegaria ininterrumpida a favor de los hombres. Porque han intuitido que la fuerza de la mujer tiene una dependencia estrechísima con su castidad y en particular con su *virginidad*.

G. von Le Fort recuerda que “la gran veneración de que gozaba la mujer en la antigüedad germánica estaba ligada al elevado aprecio de la virginidad”; y añade que “de ello hablan las terribles leyes punitivas de los antiguos sajones que se refieren tanto al ataque contra la pureza de la virgen como a la mujer caída”³⁴. En esto pensaban de modo semejante dos pueblos tan distintos como los romanos y los germánicos: “Igual que la sacerdotisa de Vesta, la pitonisa germánica también era virgen”. Más aun, debemos decir que *imperiosamente tenía que ser virgen*. Tal veneración causaba la virgen pura en los tiempos antiguos que “hasta entrada la Edad Media la virgen pura podía pedir el indulto del condenado a muerte. Siempre que había una maldición o un encantamiento, sólo podía anularlos la virgen pura”. El pagano romano, incluso en los momentos de su mayor decadencia moral, exigía que fuesen vírgenes puras las vestales que cuidaban del fuego sagrado del que, en su creencia, dependía la subsistencia de Roma. En las ciudades romanas no faltaban los lupa-

³⁴ Cf. Von Le Fort, G., *La Mujer eterna*, 45-47.

nares, pero los licenciosos romanos solo se consideraban seguros si sobre ellos velaba la oración de las *vírgenes*.

Quizá por eso, los hombres y los poetas han glorificado más a menudo el tipo virginal de la mujer más que el de madre y esposa. Lo evidencian Antígona y Beatriz, Ifigenia y la Princesa de Tasso. Todas son figuras virginales y sólo comprensibles como tales.

La castidad es una virtud tan necesaria al hombre como a la mujer, pero parece hasta más connatural con esta última, especialmente en su forma de consagración perpetua y positiva, es decir, como virginidad voluntaria (no nos referimos, pues, a la soltera que no pierde la esperanza de desposarse). Y por eso la pérdida de la virginidad es sentida de modo inmensamente más trágico por la mujer buena que por el hombre bueno. Ella percibe que ha perdido parte de su *poder* de transformar el mundo.

Esto no menoscaba la dignidad de la mujer casada que vive la castidad según su propio estado de vida; es decir, no como absoluta abstinencia sino como *fidelidad* matrimonial y como *apertura* a la maternidad. También ella saca un poder del todo singular de esta virtud, pero por su vocación particular su campo se estrecha especialmente hacia la familia que ha forjado con el ejercicio de su virtud. La virgen tiene, en cambio, una universalidad que no posee la casada *por razón de esta virtud* (castidad / virginidad), aunque esta última pueda vivirla por la práctica de otra virtud como la caridad en grado eminente, en la cual, algunas casadas pueden, de hecho, sobresalir sobre muchas vírgenes.

IV. Conclusión: el terrible talón de la Mujer

Ante una “sociedad andrógina” como la nuestra, es decir, que confunde al varón y a la mujer desnaturalizando a los dos, la mujer debe entender su maravillosa misión –don de Dios–, que pasa por comprender en todas sus dimensiones su vocación de Hija de Dios, de Esposa (tanto en la vocación conyugal como en la virginal) y de Madre (tanto en el orden físico como en el espiritual), tomando conciencia de “esa filiación [que] es la única que puede liberar(la) de todos (sus) complejos, y llevar(la) a actuar sin depender de (sus) antiguas heridas, llegando a ser auténticamente libres”; comprendiendo también la gigantesca dignidad que deriva a la mujer de su capacidad de unirse esponsalmente al varón sin sentirse amenazada o aplastada por él y sin una amenaza para él; consiste en redescubrir que su plenitud culmina en el don de la maternidad, y que ésta no se agota en la concepción física del hijo, sino en la vida que es capaz de dar a los demás, como ocurre con quienes consagran su vida a la caridad o la entregan completamente a Dios en la vida religiosa.

Por todo lo dicho, no debemos extrañarnos de que una de las grandes luchas de nuestro tiempo tenga por campo de batalla la Mujer. Hay una frase del Apocalipsis en que se dice que el dragón se alejó “despechado por causa de la Mujer” (Ap 12,17). La causa de la Mujer está en el centro del odio del dragón, y consecuentemente, de sus combates. “Pondré enemistad entre ti y la mujer –dice Dios a la serpiente–, entre tu linaje y el suyo. Ella te aplastará la cabeza y tú le morderás el talón” (Gn 3,15).

No podemos ignorar la lucha teológica y crucial en la que está sumergida nuestra época. Para poder enfrentarla debemos elevar los ojos al Modelo acabado de la femineidad perfecta: María Santísima, “La Mujer”. A Ella llama Jesús con este título en las bodas de Caná:

“MUJER, ¿qué tenemos que ver tú y yo en esto?” (Jn 2,4) Y en el Calvario vuelve a sonar en sus labios el mismo nombre: “MUJER he ahí a tu hijo” (Jn 19,26). Ella es La Mujer-Madre de cuyo seno saldría el que pisotearía la serpiente, anunciada en el Génesis y vista proféticamente en el Apocalipsis, según los textos arriba citados. Por eso San Pablo resume en la carta a los Gálatas el misterio de la humanidad de Cristo llamándolo sencillamente “Nacido de MUJER” (Gal 4,4)³⁵. En todos estos textos se alza la figura majestuosa de María, en profecía, en historia y en proyección del fin del mundo, como La Mujer.

La Virgen es La Mujer, en sentido Pleno, Universal y Perfecto. Pleno: porque Ella realiza todas las dimensiones propias del “genio femenino”. Perfecto porque cada una de esas dimensiones Ella las realiza en su grado más alto. Universal porque es modelo de toda mujer, en cualquier estado y condición. María es única, porque Ella es al mismo tiempo Virgen, Esposa y Madre. Caso único en la historia e irrepetible, como es irrepetible lo que Dios hizo con Ella y en Ella a toda mujer:

“Por lo tanto, aquella «plenitud de gracia» concedida a la Virgen de Nazaret, en previsión de que llegaría a ser «Theotókos» [*Madre de Dios*], significa al mismo tiempo la plenitud de la perfección de lo «que es característico de la mujer», de «lo que es femenino». Nos encontramos aquí, en cierto sentido, en el punto culminante, el arquetipo de la dignidad personal de la mujer”³⁶.

Ella resume todas las cualidades de la vocación femenina:

- Su entrega y generosidad la hace madre de todos los hombres, madre de Cristo, madre generosa. Ella es Madre pródiga que nos busca, nos engendra y ofrece su protección misericordiosa.
- Su vocación de recibir los dones de Dios la hacen, primero, acoger la palabra de Dios, luego el anuncio del ángel y, finalmente, el Verbo que se hace carne. ¡Y el Verbo se hace carne para sufrir... y ella lo recibe sabiendo que será envuelta en ese sufrimiento sin

³⁵ “Es significativo que el Apóstol no llama a la Madre de Cristo con el nombre propio de «María», sino que la llama «mujer», lo cual establece una concordancia con las palabras del Protoevangelio en el *Libro del Génesis* (cf. 3, 15)” (Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, 3).

³⁶ Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, 5.

límites del Hijo! Ella es Madre de todo el que quiera acogerse bajo su manto, sin despreciar a ninguno, por más pecador que sea.

- Su vocación del detalle, de lo concreto, la hace mirar las vasijas vacías en Caná y arrancar el primer milagro de Jesús para alegrar una sencilla fiesta de bodas. Sólo dos clases de personas mirarían con preocupación las vasijas de vino: los bebedores y la Madre de Jesús; unos para ver si había y Otra para ver si “no había”. Ella es Madre de detalles.

- Su vocación de sufrimiento la lleva a Jerusalén con el Hijo, y la pone junto al Hijo que sufre y bajo la pena de la Cruz. Ella es Madre de dolores.

En estos días en que con tanta saña y tenacidad se destruye la auténtica esencia de la mujer (intentando que se avergüence de su maternidad, deshonrando su lecho matrimonial, reduciéndola a objeto de deseo para los indecentes, cambiando su delicadeza en grosero remedo del varón, robándole el señorío del hogar, y tantas otras amenazas que se ciernen sobre ella), en este tiempo, digo, en que vemos cómo se cumple aquello del Génesis: *la serpiente muere el talón de la mujer*, debemos volver nuestros ojos a la que llamamos con toda propiedad –como hizo el mismo Dios– La Mujer, con mayúsculas, bajo cuyo *Talón invencible* perecerá definitivamente aplastada la cabeza de la serpiente. Porque María Santísima es la Mujer Esencial; se hizo esclava de Dios y mostró que quien se hace esclavo de Dios reina por encima de los mismos ángeles.

ÍNDICE

I. Elogio de la mujer fuerte.....	5
1. Escuela y virtudes.....	5
2. Un poema bíblico.....	6
3. ¿Qué es una “mujer fuerte”?.....	7
4. Mujer de confianza.....	8
5. Laboriosa.....	10
6. Oración y esperanza escatológica.....	11
7. Misericordiosa.....	12
8. La que “deja bien a los suyos”.....	13
9. Sabia.....	14
10. Caritativa.....	15
11. El fruto de sus obras.....	15
II. Vocación y lucha de la Mujer	19
1. La mujer gnóstica.....	19
2. La verdadera dignidad de la mujer.....	23
3. La inclinación oblativa de la mujer.....	28
4. Función mediadora de la mujer.....	29
5. Vocación de mujer.....	31
III. La Mujer y la Gracia	35

1. La gracia en la mujer	35
2. En el orden natural.....	36
3. En el orden sobrenatural	40
4. El alma de la mujer	43
5. La particular relación de la mujer con la pureza	45
IV. Conclusión: el terrible talón de la Mujer	47

Colección Virtus

/1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA

INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS

/2 CEGÓ SUS OJOS (Jn 12,40)

EL JUICIO PROPIO

/3 DUC IN ALTUM!

ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD

/4 DE LOBOS A CORDEROS

EDUCACIÓN Y GRACIA

/5 LAS IDEAS “SUBTERRÁNEAS” Y LA EDUCACIÓN

PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES

/6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE JESÚS DE NAZARET

/7 CRISIS DE PATERNIDAD

EL PADRE AUSENTE

/8 NUESTROS MIEDOS

/9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO

/10 EL CAMINO DEL PERDÓN

/11 LAS ADICCIONES

UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

/12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD

TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD

/13 LA MADUREZ SEGÚN JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

/16 ¡QUIERO!

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

/17 CONFIAD SIEMPRE EN DIOS (SALMO 62,9)

PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA

/18 MADURACIÓN DE LA PERSONALIDAD

/19 PORNOGRAFÍA Y PORNOPATÍA

RADIOGRAFÍA DE UN CÁNCER SOCIAL CONTEMPORÁNEO

/20 LA ACEDIA

APUNTES PSICOLÓGICOS Y ESPIRITUALES DEL “MAL DEL DESENCANTO”

/21 CUANDO LA SEXUALIDAD DUELE Y HUMILLA

DIFICULTADES PASTORALES RELACIONADAS CON LA CASTIDAD
(ESCLAVITUD, ABUSO SEXUAL, MASTURBACIÓN)

/22 ELOGIO DE LA MUJER FUERTE

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado
24 de junio de 2015
Nacimiento de San Juan Bautista

EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)
San Rafael – Mendoza – Argentina
Tel: (0260) 4430451
www.edicionesive.com
info@edicionesive.com

